CON LUIS ROSALES

Te he seguido despacio, y no lo sabes.
Sospechas hay en todo. Y una piedra,
sola en la cima, quieta como un ascua,
temblor que nadie mira, acabamiento
que se esfuerza en quedar, belleza encuentra,
sitio nos da y memoria en el olvido.
Pero la nieve al deshacerse escucha,
sigue cayendo, y aún es más que el hombre;
la nieve, casi oscura de tan sola,
muere de acostumbrada, se arrodilla
—y ahora sí que eres tú quien habla—, ciega
de su designio o de su propia música;
se compadece, niña, con los siglos.

Tesoros trae sobre su noche el tiempo.
El portador es un esclavo. Lleva
oro en los hombros; es un rey, de pronto.
Abre los ojos a la primavera,
«aunque es de noche» y, resbalando, sigue,
canta, y dibuja su camino, lúcido,
sabiendo que otros pasos vendrán luego
o no vendrán jamás. La compasiva
nieve se acerca al fuego y lo mitiga.
El álabe del árbol se acentúa;
todo está quieto, y sólo el verso mueve
lo que de corazón tiene el silencio.

Como una luz el andaluz venía.
Quiero decir que hablaban las estrellas
y que era abril una palabra justa
sacada de aquel cofre del invierno.
Se cree lo que se siente, y ya no hay duda.
Desciende el agua; sus monedas tocan
la tierna dentadura de la hierba,
los brazos de las cañas que se mueven,
las trenzas sin hacer de una muchacha
en la mañana azul de Garcilaso.

Todo el orden del mundo se ponía
en oración, con el oído atento,
y era una servidumbre la palabra
que reinaba en el alma de repente.
Como una luz el andaluz venía.
Casi mecidos, sin tocar el aire,
los nombres se apoyaban en las cosas.
Dulce como la piel era la orilla,
y el discurrir, más alto que los sueños.
Como una luz, en castellano hablaba
el andaluz; como la luz, decía...

Madre es la tierra; pero ¿quién es madre
de la tierra...? Pisamos orfandades;
sostenemos al hijo con el miedo;
«como el aire de marzo en un espejo»,
tenemos la noticia de la dicha
y vamos por el llanto a la hermosura.
«La nieve es un esfuerzo, nunca duerme»;
desvelada de amor en su eminencia,
ama con la sabiduría del que ama
tiernamente despacio, y aun de lejos.
Nieva el jazmín la arena de Granada,
baja desnudo entre la cal nocturna,
y nunca duerme, aunque los ojos sean
la alegría remota de los ojos:
siempre una tecla hundida dulcemente
abre toda la música dormida.
Así yo te seguía. No lo sabes.
El andaluz, como una luz, llegaba...

JOSE GARCIA NIETO